

# PESADILLAS DEL FUTURO



Daniel González Pérez

# **PESADILLAS DEL FUTURO**

# Pesadillas del Futuro

Daniel González Pérez

© 2014-2019, Daniel González Pérez

Primera edición: enero 2014

Segunda edición: enero 2019 (especial 5º aniversario)

Diseño de cubierta: Daniel González Pérez

Maquetación: Daniel González Pérez

ISBN: 978-0-244-45144-8

Obra registrada en SafeCreative.

Identificador: 1312119559942

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para todos los que disfrutamos de esta  
dulce condena a la que llamamos vida*

# ÍNDICE

1. Prefacio .....	8
2. Un mundo de locos .....	9
3. El día de mi cumpleaños .....	12
4. Perdido.....	22
5. Steve.....	33
6. Un inesperado suceso.....	54
7. Mal día para morir .....	62
8. La despedida .....	80
9. Domingo negro .....	86
10. Día 0 .....	96
11. El viaje continúa .....	104
12. Fotografías .....	110
13. Ruidos esperanzadores.....	119
14. Supermercado.....	130
15. La playa.....	140
16. Infierno .....	156
17. La ciudad del pasado .....	176
18. Revelaciones .....	185
19. Respirar un poco de vida.....	203
20. Cuando todo vaya bien .....	210
21. Decisiones arriesgadas .....	225
22. El bosque .....	233
23. Catársis.....	249
Nota del autor.....	272

# 1.

## PREFACIO

**C**orri, corri cuanto pude. Eché a correr sin mirar atrás, esquivé la maleza del entorno y continué corriendo. Podía oír sus gritos en la lejanía, cada vez más cerca... Apuré mis pasos, pero no conseguí alejarme lo suficiente. El destino me había tendido una trampa y yo había caído en sus redes. No tenía sentido continuar huyendo, me alcanzarían.

Tropecé con un árbol caído. Al levantarme miré atrás y los haces de luz de sus linternas me cegaron los ojos. Mi cuerpo volvió a moverse y escuché nuevamente sus gritos. El bosque en el que me encontraba se tambaleó, se agitó como si el mayor terremoto del mundo estuviera sucediendo allí mismo. Mis pies dejaron de correr, me di la vuelta para ver sus caras, sin miedo a lo que me pudiera suceder. Se acercaron tan rápido que pareció como si fueran a la velocidad de la luz. No tenían rostro, eran cabezas oscuras como un cielo nocturno. Entonces me apuntaron con sus armas. Ya no les temí, estaba seguro.

Todo empezó a desvanecerse. Cerré los ojos, pronto acabaría aquello...

## 2.

# UN MUNDO DE LOCOS

**N**ací una oscura y solitaria noche del año 2050. El corazón de mi madre dejó de latir cuando yo llegué al mundo, aunque el mundo había dejado de ser mundo mucho antes de eso. Todo se había venido abajo: sistemas, poblaciones, reglamentos, normas... Nada era de nadie, y todo era de todos. Poco a poco, la gente cambió, y una eclosión de cientos de situaciones diferentes llevadas al límite hicieron alterar todo lo que los humanos conocíamos hasta ese momento.

Con el irrefrenable paso del tiempo la Tierra se convirtió en un gigantesco vertedero, la anarquía cubrió las calles, los cielos se llenaron de gases y los rayos de sol se hicieron menos frecuentes en el firmamento. La vegetación del planeta se esfumó en gran parte. En algunas regiones, los árboles se quedaron secos y las hierbas muertas. Flores marchitadas. También los animales perecieron, especies enteras perdidas por los caminos y carreteras, y muchas otras ocultas de las miradas humanas, resguardadas de nuestro furor.

Las ciudades y grandes urbes quedaron reducidas a escombros, ahora tan solo tristes lugares abandonados. El ambiente

apocalíptico gobernó cada rincón del planeta. La gente enloqueció, tuvieron miedo. Todos luchaban por sobrevivir. Se trataba de la ley del más fuerte. Subsistir a toda costa, sin importar lo que hubiese que hacer para ver un amanecer más. Matar o morir. Era un hecho que incluso los más desesperados habían adoptado el canibalismo como un método de supervivencia. La humanidad estaba perdiendo el juicio a pasos agigantados.

Nací y crecí bajo el abrigo de una pequeña resistencia de poco más de veinte personas que vivían como podían buscando refugio y alimento. Nunca nos quedábamos demasiado tiempo en el mismo lugar para no llamar la atención e intentábamos arriesgarnos lo menos posible. Caminábamos todos juntos y nos protegíamos los unos a los otros. Siempre buscando y recogiendo cualquier cosa que fuera útil. Con el paso de los años llegamos a conseguir armas con las que defendernos de los saqueadores. En realidad, poco a poco estos habían cogido cierto renombre con un apodo. El término de «Kleptes» se había ido acuñando y finalmente todos los llamábamos de esta forma.

Nací perdido, y nunca le he encontrado sentido a mi existencia. En mi interior, yo sabía que algún día la suerte nos abandonaría, que llegarían los Kleptes y nos matarían para coger alimentos, o peor, nuestra propia carne. Vivir de esta manera era como estar dentro de un tormento continuo, que nunca tiene fin y se prolonga durante toda la vida. Noche tras noche, semana tras semana... Teniendo la horrible sensación de que detrás de cualquier esquina puede estar esperando la muerte.

Cuando tuve edad suficiente para preguntar, me dijeron que mi madre había viajado a un lugar mejor, un lugar rodeado de flores y hierba sana. Nunca conocí a mi padre, supongo que ni siquiera mi madre llegó a conocerlo. Soy el resultado de una noche efímera, de una equivocación... un error.

Desde pequeño siempre soñé con un mundo verde y luminoso, con grandes extensiones de hierba y ríos cristalinos. Los demás me decían que soñaba con el mundo de antes, pero ¿cómo

podía soñar con ese mundo si nunca llegué a verlo con mis propios ojos? En realidad, ya no sé si eso importa. Toda mi vida cambió el día que cumplí diecisiete años. Aquél fue el día que abandoné a mi grupo...

El día en que comenzaron las pesadillas.

### 3.

## EL DÍA DE MI CUMPLEAÑOS

**D**iecisiete años después de mi nacimiento todo seguía empeorando. El grupo se había reducido a once personas y estábamos sin recursos. El camino se hacía cada vez más pesado, y los Kleftes estaban cerca, podíamos percibir su rastro por todas partes. Seguíamos avanzando como podíamos, pero la gente estaba desanimada y cada vez más enferma. Entre el grupo se encontraban más hombres que mujeres, principalmente adultos que rondaban los cuarenta y cincuenta años.

Ese día era mi cumpleaños, pero no hubo regalos, ni fiesta, ni tarta, ni nada de lo que se espera en un día como ese. Yo me sentí indiferente, me daba igual porque nunca había celebrado un cumpleaños. Cada nuevo año que pasaba lo veía todo más negro. Incluso había meditado la opción del suicidio. Recuerdo una tarde gris que pasamos cerca de un acantilado, en la que uno de los hombres del grupo echó a correr desesperado y se lanzó por el precipicio para terminar con su sufrimiento. Pensé en hacer lo mismo, pero supongo que me faltó valor. La gente tiene miedo continuamente, y los que quieren dejar de sufrir se

suicidan a su manera. Nunca creí que fueran cobardes por irse de este mundo. Los consideraba unos afortunados, pues era un capricho que yo no podía permitirme, el miedo a la muerte me bloqueaba.

¿Qué nos espera después de la vida? La eterna incógnita, la tortura del no saber. Realmente yo no creía en un Dios como muchos otros sí hacían al seguir una religión. Un mundo como este, donde todos sufren... Donde el dolor es una rutina día tras día. ¿Cómo podía existir entonces alguien que controlase las normas? Creo que en el fondo, no somos más que una mera y curiosa coincidencia, una cadena de acontecimientos, un cúmulo de casualidades que conforman la vida y nuestra fugaz existencia. Aunque de ser así... ¿Por qué debería importarme la muerte, si seguro que no sentiré absolutamente nada cuando mi vida se acabe? Por una parte es absurdo, pero me resultaba imposible no pensar en ello, y verlo con miedo. Pese a todo esto, la idea del suicidio a menudo me rondaba la cabeza, especialmente en días así. Pero quise aguantar, guardar una mínima esperanza. Esperar un milagro, si es que existían...

No sabía cuándo se acabaría todo, si algún día las nubes negras se apartarían para dejar paso a los rayos del sol, ni cuántos cumpleaños más me quedaban por no celebrar. Soñaba todas las noches con el mundo verde y luminoso y esperaba encontrar ese lugar algún día, la última esperanza...

Mientras caminábamos por calles muertas a paso ligero, mi único amigo, Lander, me devolvió a la realidad:

—¿Crees que hay vida? —preguntó.

—¿Cómo? —hablé aún perturbado por los pensamientos del suicidio.

—¿Que si crees que hay vida en el mundo de tus sueños?

—No lo sé... ¿Tú qué crees?

—Yo creo que sí. Un lugar como ese no puede estar vacío, un lugar tan verde —dijo, como si también hubiera soñado con ese color verde.

—Eso espero —respondí yo—, si no se estaría desaprovechando tanta belleza.

Él se volvió a callar. Tenía envidia de mis sueños, todos soñaban cosas horribles, pesadillas noche tras noche. Lo único que yo podía hacer era compartir mis sueños con él, contarle cómo era ese mundo, describirle los colores y la belleza de las cosas. Creo que en el fondo nunca lo entendió del todo, ni siquiera yo entendía esa fantasía.

Lander siempre había estado ahí, desde que tengo memoria lo recuerdo como mi amigo inseparable. Crecimos juntos. Nos cuidamos el uno al otro. Era un caso extraño porque ya casi no quedaban jóvenes y niños en el mundo, el planeta necesitaba su inocencia, sus sonrisas, sus esperanzas. Cuando creces, descubres una cruda realidad, el sentido de todas las cosas cambia para siempre, lo que antes te gustaba deja de gustarte, pierdes la alegría y sufres por el triste destino que te espera. Yo suponía que el fin de la humanidad estaba cerca, quizá una o dos generaciones más, o quizá la Tierra se cansaría de aguantarnos y explotaría para acabar con su padecimiento... el suicidio de un planeta, por así decirlo.

Tiempo atrás, Lander tuvo más esperanzas que yo. Él solía ser más optimista. En ese sentido era yo quien sentía envidia por él. Sus padres vivieron en el grupo bastantes años. Para mí fueron como mis propios padres, nos cuidaban a los dos, nos protegían de cualquier peligro, y nos educaban como mejor podían. Ellos eran una pareja fuerte y unida. Se querían tanto... Era un amor tan puro, sin fisuras. Mi mente a menudo intentaba recuperar buenos momentos, a pesar de vivir esta vida, siempre hay algo mínimamente bueno que se puede recordar. Y eso era lo que hacía yo, recordar pequeños fragmentos de mi vida, donde podía sentirme bien por un instante. Así que recordaba a los padres de Lander, vislumbraba sus ropas, sus caras, su personalidad. Cada milímetro de sus rostros, sus expresiones decididas, el amor que tenían entre ellos y cómo

afrontaban todo esto. Eso me ayudaba a veces a recobrar fuerzas para poder seguir. Pero nada es para siempre, nada dura eternamente...

La tragedia ocurrió cuando Lander tenía trece años, fue el día en el que su vida perdió el sentido... Fue cuando unos Kleftes nos encontraron, nos atacaron y nos robaron. Bajamos la guardia solo por unas horas, nos relajamos demasiado creyendo que estábamos seguros en un edificio. No sé si fue por el ruido que pudimos haber hecho, o si esos saqueadores nos encontraron de casualidad, pero no fuimos capaces de hacerles frente a todos ellos. El padre y la madre de Lander murieron junto a otras personas ese día. Los que conseguimos sobrevivir huimos del lugar y volvimos a la rutina. Lander se vio devastado, su felicidad y su esperanza se la llevaron sus padres. Cambió su plan de vida, lo único por lo que seguía viviendo era para matar a los Kleftes. La venganza se había apoderado de su corazón. Una noche me contó su objetivo, viviría hasta hacerse mayor, y cuando tuviera la fuerza suficiente se marcharía en busca de los asesinos de sus padres. Cada uno busca su propia meta, Lander encontró la suya y me invitó a compartirla con él. Y yo le dije que le acompañaría, al fin y al cabo, no tenía nada que perder.

El grupo dejó de caminar, habíamos llegado a una gasolinera. Era un lugar peligroso porque los Kleftes solían ir allí en busca de combustible o alimentos, pero teníamos que parar, había que descansar y buscar algo de comer. El ambiente ahora estaba en calma, no parecía haber nadie cerca de la zona. Algunos hombres se quedaron vigilando por si veían algo extraño, mientras los demás íbamos dentro para buscar comida. La gasolinera debía llevar años inactiva, en su interior todo estaba roto. Las estanterías apenas tenían alimento, las bombillas estaban destrozadas, la caja registradora había sido golpeada y se encontraba tirada en el suelo... El polvo se había acumulado

por todos lados y lo único interesante que encontré allí dentro fueron revistas, que por suerte aún quedaban unas pocas. Me gustaba recoger revistas de años pasados, mirarlas profundamente y descubrir cosas del mundo que no llegué a conocer. La mayoría de ellas solían ser de hace varias décadas, y podía encontrar información que de otro modo no sabría. En parte, gracias a ellas y a los padres de Lander, había aprendido tanto de la vida y del pasado.

Me acerqué hasta una esquina y entre un par de latas de comida posiblemente caducadas vi una revista en bastante buen estado. En la portada se podía ver una foto muy acogedora. Un hombre frente a una chimenea añadiendo leña al fuego para que este no se apagase, mientras una mujer jugaba con una niña pequeña. Era la típica estampa familiar que yo nunca había tenido, y por los adornos deduje que representaban la Navidad. Colores rojos y cálidos, botas del tal Papá Noel, un árbol con luces y ese tipo de cosas que solo había visto en otras revistas. Desde luego, la foto me entristeció, y en ese momento no quise seguir mirándola. Inspeccioné las latas de comida, una era de aceitunas y la otra de sardinas. Muy pocas veces encontrábamos comida en buen estado. Giré las latas y fui en busca de su fecha de caducidad. El texto marcaba como fecha máxima el veintiuno de septiembre del año 2029. Como me temía, la comida estaba caducada, así que la volví a colocar en su sitio. Los demás del grupo no parecían tener más suerte que yo, y lo mucho que encontraban eran pequeñas cosas que podíamos aprovechar. Aunque afortunadamente en una estantería todavía quedaban tres botellas de agua. El agua siempre era una de nuestras principales prioridades. En estos tiempos resultaba muy complicado encontrar agua pura y potable, la mayoría estaba contaminada de residuos, así que siempre era todo un alivio tener agua en las mochilas.

Fuera de la gasolinera uno de los veteranos estaba diciendo que ese día dormiríamos allí mismo. A pesar de que la zona no

era muy segura, podíamos hacer guardia. La gente empezó a preparar sus sacos de dormir y sus mantas dentro del lugar. Al final, decidimos que Lander y yo seríamos los encargados de hacer guardia esa noche.

Las nubes se oscurecían con el paso de las horas, estaba seguro de que habría tormenta y lluvia los próximos días. Lander se acercó a mí, tenía la ropa sucia, como muchos de nosotros. No era demasiado alto, a su lado yo parecía mayor que él. Se había rapado el pelo y ya le empezaba a nacer la barba. Era bastante delgado, aunque para ser honesto, todos éramos delgados, dado que no nos podíamos permitir lujos. Lander poseía una mirada decidida y profunda, en su ojos se podía leer su tristeza, pero también la fuerza y la ira de ver morir a sus padres. Caminó decidido hasta mí para decirme algo:

—Estoy preparado para mi objetivo, Soul...

Así me llamaba, Soul, que significa alma en inglés. Mi madre me había puesto ese nombre antes de que naciera, ella se lo había dicho a todo el grupo, quería que mi nombre fuese Soul. Se quería asegurar de que mi cuerpo tuviese alma y que pasara lo que pasara, mi alma se reuniría con ella allá a donde fuera.

—¿Qué, Lander? —le dije yo algo confuso.

—Hablo de mi objetivo. Estoy seguro, quiero alejarme de aquí, buscar a los Kleftes.

—¿De verdad crees que estás preparado para esto? Es como una misión suicida.

—Lo tengo muy claro. Si quieres venir conmigo, ven, pero yo me iré de todas maneras, con o sin ti.

—Vale, pero hay que revisar todo antes de emprender el viaje, ¿tienes las armas listas? —le pregunté para asegurarme.

—Sí, llevo el fusil de mi padre. ¿Y tú tienes tu pistola?

—Siempre la llevo encima... —Me paré a pensar—. ¿Cuánta munición tenemos?

—La suficiente para aguantar hasta encontrar más. Si todo sale bien, conseguiremos más armas y munición.

Eché un vistazo a las personas del grupo. Habían estado conmigo toda la vida, eran mi familia, y yo los iba a dejar abandonados a su suerte. Cuanto más se acercaba el momento de irse, más dudas tenía. Lander estaba decidido, a él lo movía la venganza, pero ¿qué me movía a mí? Después de tantos años no había encontrado ningún objetivo en mi vida. Sobrevivir era el objetivo de todos, la vida ya no era vida, era una frenética carrera por la supervivencia. Quizás a mí me movía el hecho de querer encontrar el mundo de mis sueños. En el fondo, guardaba una esperanza. No teníamos noticias de nada y no podíamos saber si de verdad todo el planeta estaba destrozado por completo, aunque lo más probable es que ese trozo de mundo verde y luminoso, con grandes ríos cristalinos, no existiese.

Lander se alejó mientras revisaba sus cosas. No quería irme sin despedirme de los demás, pero tampoco sabía cómo hacerlo. ¿Qué les diría? ¿Me voy a matar Kleftes con Lander? Seguro que no se lo tomarían a bien. Cogí un papel de los que todavía quedaban dentro de la gasolinera y me hice un pequeño corte en el dedo. Escribí una nota de despedida en la que les decía que se cuidaran, que nunca se rindieran, que guardasen esperanzas, y muchas otras mentiras. Yo sabía que el grupo se moría poco a poco, la gente estaba enferma... Y dudaba que, de encontrárselos, pudiesen soportar un encuentro con Kleftes.

Hablé con Lander de nuevo, le dije que esa noche haríamos la guardia y que al amanecer del día siguiente nos marcharíamos. Pasamos la última noche con todo el grupo, reunidos al calor de un pequeño fuego dentro de aquella gasolinera. Se fueron quedando dormidos paulatinamente. Lander había salido para comenzar la guardia. Yo no conseguía conciliar el sueño, los nervios y el miedo no me dejaban descansar. Me tapé con una manta para no pasar frío y me quedé pensando en el viaje que haríamos Lander y yo, en todo lo que nos podría pasar, y en el peligro que tenía esa aventura... No conseguía dormir por más que quisiera, las horas pasaban lentamente. Tras dar muchas

vueltas sin pegar ojo, decidí salir para hacer compañía a mi amigo. Lander estaba fuera frotándose las manos. Por las noches siempre hacía más frío. Me acerqué y me senté a su lado. La oscuridad era profunda y casi no se veía nada en la lejanía.

—¿Qué haces aquí? Todavía no te toca hacer la guardia —dijo Lander extrañado por mi presencia.

—Lo sé... pero no consigo dormir. Los nervios no me dejan.

—Soul, en ningún momento tienes que acompañarme en este viaje. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya, pero necesito un cambio. Esta vida me cansa, estoy harto de huir, de pasar hambre y no tener nada, de vagar sin rumbo. Al menos, si te acompaño tendremos una meta.

—Te lo agradezco, hacer esto yo solo sería una locura. Realmente... tengo miedo, no sé que nos vamos a encontrar —murmuró visiblemente apenado.

—Sí, yo también estoy algo confuso. ¿Por dónde empezar?, ¿qué hacer? Supongo que será algo intuitivo.

—Eso espero —contestó.

La conversación concluyó, ninguno tenía nada más que decir. La compañía mutua era más que suficiente. Nos quedamos sentados a las puertas de la gasolinera, viendo la oscura noche pasar. Por suerte, no ocurrió nada. Lander se fue adentro pasadas unas horas para dormir, y yo seguí con la guardia en soledad.

Llegado el momento pude notar el amanecer que comenzaba a surgir por el frente. El sol estaba tapado por las nubes, pero la claridad ya se hacía notar. Serían las primeras horas de la mañana, así que fui en busca de Lander para despertarlo. Sin hacer ruido lo moví varias veces:

—Hay que irse antes de que los demás se despierten.

—Ahora voy —dijo él apartándose las legañas de los ojos.

Se quitó la manta con la que se tapaba, y yo saqué del bolsillo de mi chaqueta la nota que había escrito el día anterior. Fui

hasta las pertenencias de los demás y la dejé allí encima. Antes de salir los miré por última vez, comprobé que tenía todo lo necesario y me fui dejando atrás diecisiete años de convivencia.

Al salir todavía estaba un poco oscuro, Lander me esperaba sentado en la misma roca donde habíamos hecho la guardia. Me acerqué hasta él.

—¿Tienes algún camino que seguir? —pregunté.

—La verdad, mi única idea es seguir la carretera y el rastro de los Kleftes.

—Está bien, pues vamos entonces.

—Oye... Gracias de nuevo, por acompañarme —dijo Lander.

—De nada, amigo —le sonreí.

Si tenía que acompañar a alguien en este mundo sería a Lander, él siempre había estado a mi lado en los momentos difíciles, no podía fallarle.

Emprendimos juntos la marcha por carreteras hasta que el día se hizo un poco más claro. Buscábamos cualquier rastro que nos indicase que por allí habían estado Kleftes. Nuestro objetivo era una locura. Yo sabía que sin valor, y siendo solo dos, las cosas eran muy complicadas. Los Kleftes a menudo viajaban en grupos de un tamaño considerable, siempre tienen armas y a veces incluso vehículos. Pero quizás la suerte estuviese de nuestra parte, pensaba. A lo mejor las cosas podían salir bien.

Llevábamos ya un buen trecho andando con paso ligero. Empezamos a notar la suficiente fatiga como para detenernos a descansar unos minutos. De momento, teníamos unas pequeñas provisiones en nuestras mochilas, pero había que asegurarse de encontrar algunas más si no queríamos pasarlo realmente mal. Estaba bastante cansado por no haber dormido en toda la noche, pero no teníamos tiempo para una pausa tan larga.

Después del breve parón continuamos, y así pasamos casi todo el día hasta que, al fin, nos aproximamos a lo que podría

ser un posible rastro de los Kleftes. Estábamos en las inmediaciones de lo que en el pasado seguramente había sido un pequeño vecindario de las afueras de a saber qué pueblo. A nuestros pies en el suelo de la carretera una mancha de sangre reciente nos había puesto alerta. Lander agarró con más fuerza su fusil de asalto y yo le quité el seguro a mi arma.

La sangre conducía a una cercana y pequeña casa destrozada por el paso de los años que aún se mantenía en pie. Al fondo había más estructuras sin mejor aspecto y carentes de interés. Comprobamos desde la distancia que no había nadie y nos acercamos lentamente, atenazados por la incertidumbre de lo que allí dentro nos pudiésemos encontrar.

# ¡DISPONIBLE EN...!

Si deseas seguir leyendo la historia de Soul, puedes hacerlo tanto en formato físico (tapa blanda) como en digital (epub, mobi, pdf)

¡Lo encontrarás en las siguientes webs!



# DANIEL GONZÁLEZ PÉREZ



Soy un apasionado de la escritura, así como de la literatura, el cine y los videojuegos. En 2014 autopubliqué a través de la web Lulu mi primera novela de ciencia ficción post-apocalíptica titulada *Pesadillas del Futuro*.

Algunos de mis relatos forman parte de diversas antologías y publicaciones: *Las 7 virtudes de la Humanidad* (DefotoLibros, 2015), *Bajo la Piel - Volumen 1* (Carpa de Sueños, 2015), *Micro Terror II* (Círculo Rojo, 2018), I concurso de relatos de fantasía de la PAE (2018), *Revista Visor* n° 14 (2019).

Colaboro como redactor en la web de cultura general *La piedra de Sísifo* y en la web de videojuegos *HyperHype*.

· Visita mi blog:

<https://elabismodelasideas.wordpress.com/>

· Visita mi canal de YouTube:

<https://www.youtube.com/elabismodelasideas>

· Escríbeme a mi correo: [danielgonz21@gmail.com](mailto:danielgonz21@gmail.com)